

Extinguit Spiritum vita impura. (*Id. hom. XXI in I Thes.*.)

Qui accipiunt Spiritum Sanctum, amores cœlestium terrena contemnunt. (*Idem, de anima et ejus orig.*.)

Non est sæcularis animæ habere Spiritum; multo opus est studio, ut eum apud nos retinere possimus. (*Idem, hom. XXXIV in ep. ad Hebr.*.)

Sicut non habet corpus unde vivat, nisi de Spiritu, sic affectus hominis, qui amor dicitur, non vivit, hoc est, non amat Deum, nisi de Spiritu Sancto. (*S. Bern. de vita solit.*.)

Cognoscam Spiritus Sancti præsentiam mutatione cordis mei, cum è terreno illud cœleste factum video, è carneo spiritale. (*Idem, in Cant.*.)

Spiritus Paracletus dat pignus salutis, robur vitæ, scientiæ lumen. (*Idem, serm. II de Pent.*.)

Vicarius Christi Spiritus Sanctus. (*S. Aug.*.)

Qui prius timebant et formidabant, post Spiritus Sancti acceptionem in media pericula prosilierunt. (*S. Chryst. hom. LXXIV in Joan.*.)

Qui prius ancillæ voce requisitus timuit, post adventum Spiritus Sancti vires principum cæsus contempsit. (*Ibid.*.)

Hæc est administratio Spiritus Sancti: Scripturæ revelantur, intellectus reformatur, disciplina dirigitur. (*Tertul.*.)

Quomodo diligimus, ut Spiritum accipiamus; quem nisi habeamus, diligere non valemus. (*S. Aug. in quest.*.)

## ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

## DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. (Joan. XIII, 1).*

Habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

1. Poder que en bien y en mal ejercen las pasiones en el corazón del hombre. Cuando este ve cercano el fin de su existencia, el amor y la ternura parecen redoblar sus fuerzas. Entonces suspira, llora, solloza, abraza y besa con efusión... ¿Qué mucho, pues, que el Señor en los últimos momentos de su vida mortal...? Verdad es que toda su vida fue una série de actos de amor hácia nosotros..., pero en la última cena...; Caridad infinita de un Dios...!

2. El amor, cuando es igualmente puro en su principio y en su fin, constituye una pasión laudable... David es ensalzado en las Escrituras, no solo por su valor, sino por la sensibilidad y ternura de su amante corazón... Su amor á Jonatás... Amar al que ama, es laudable, sí, pero fácil; amar á quien nos aborrece, es el verdadero triunfo del corazón... David en la cueva de Engaddi... Conducta del mismo con Absalon...

3. Entremos ahora en el cenáculo..., y entremos también en aquel corazón tan angustiado como tierno... La dificultad de ganar para el cielo un mundo rebelde, aumenta en él el deseo de la victoria... ¿Qué hace, qué dice el Salvador? Este mundo me desprecia... Si le desagrada mi forma humana, cambiaré de aspecto..., me convertiré en comida y bebida suya. Luego toma el pan... En seguida toma el vino... Sacrilegio de Judas, blasfemias heréticas de..., teneis que luchar con el amor de un Dios... El amor de Jesucristo cobra mayor intensidad á medida que... Señaló el mas augusto de sus favores con el mas estupendo de sus prodigios... Los que obró Dios en el desierto á favor de Israel hicieron exclamar á Moisés: *Non est alia natio*, etc. Mas con mayor razón podemos nosotros... Efecto fue de su amor á su pueblo...; pero mayor prueba nos da á nosotros... Los beneficios de Dios á su pueblo tendian á... Los que

nos hace á nosotros tienden... *Patres vestri manducaverunt manna... et mortui sunt; hic est panis*, etc. Ó fieles devotos, que... decidme: ¿en qué ocasion? ¿Cuándo vuestro corazon? ¿Cuándo brotaron...? ¿Cuándo, en fin, os sentísteis...? Comed, bebed, dijo... *Hæc quotiescumque feceritis*, etc. Yo bien conozco..., pero tambien vosotros debéis comprender... *Venite ad me omnes qui laboratis*, etc. La vida toda de Jesús fue una cadena de humillaciones..., mas en la Eucaristía se humilla hasta quedar reducido... *Venite ad me*, etc. Y no solo nos invita..., sino que él mismo viene á nosotros cuando... En todo nos manifiesta que lo que busca en nosotros no es nuestra grandeza, sino nuestro amor... Los amigos..., los parientes..., los médicos... Solo Jesucristo, movido de su amor... Tended la vista por todo el mundo, y doquiera veréis el amor de Dios... *Delicia mee esse cum filiis hominum*... Adorable Salvador, al despediros..., dijísteis: *Consummatum est*; pero permitidme que limite el sentido de estas palabras. En el Gólgota concluyeron..., es verdad; consumóse la..., es cierto; la ira del Padre eterno..., no hay duda, pero..., donde la mortalidad de vuestra vida tuvo fin, allí tuvo principio la eternidad de vuestro amor.

4. *Consummatum est*: pero no todo se acabó en el Gólgota... *Consummatum est*: mas no todo quedó consumado... *Consummatum est*: pero no todo quedó terminado... Si esto, oyentes, no es amor, ¿qué será? Y si lo es, ¿de qué manera correspondemos...? ¡Ah! cuán triste se presenta la idea de la ingratitud del hombre...!

3. Si el hombre tuviera siempre presente el amor de Dios, tendria que violentarse mas para ser ingrato que para ser agradecido. Pero la fatal indolencia... ¿Qué mucho, pues...? ¿Qué mucho que...? De ahí es que separado el corazon del hombre del único objeto de su amor..., se agita y revuelve... Mas no consiste en esto toda la gravedad del mal, sino que... Ved sino esa multitud de hombres... Pero se engañan... Remontémonos á aquellos felices tiempos...; entremos en aquellos lóbregos subterráneos... Los cristianos vivian siempre absortos en el amor de Dios, y deseosos del martirio... Vefanse venerables ancianos, delicadas doncellas, tiernos niños... Los feroces verdugos... Dábase, por último, el golpe fatal... ¿Qué diferencia entre ellos y nosotros! Ellos salian del convite eucarístico llenos de...; nosotros salimos tan débiles que... Ellos... Nosotros... ¿Cómo es esto?... ¿Acaso el Dios de los antiguos...? ¡Ah! no; nosotros somos los que... Él descendió á nuestra alma para santificarla..., á nuestro cuerpo para consagrarlo... Respetemos en nos-

otros, no á nosotros mismos, sino... Ó hermanos míos, vosotros que no podeis contemplar sin lágrimas...; vosotros que besais... Vuestra gratitud y adoracion son justas y...; pero sabed que el pecho de cada uno de vosotros pasa á ser Belen, Calvario, cruz, etc., desde que el Señor sacramentado se digna descender á él... El no respetar este su santuario vivo seria... Mas ¿dónde estoy? ¿á quién hablo? ¿No estoy en...? ¿No estoy hablando...? Seguid constantes en vuestro fervor... Sea el amor de Dios... Sed agradecidos á Dios...

## SERMON I

SOBRE LA FESTIVIDAD

## DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo,  
in finem dilexit eos. (Joan. xiii, 1).*

Habiendo amado á los suyos, que estaban  
en el mundo, los amó hasta el fin.

1. Las grandes pasiones tienen la natural propiedad de dilatar los afectos del corazón humano de manera, que no bastando éste á contenerlos, comunica una parte de ellos á la mente, en la cual determinan entonces aquel estado de plenitud y exaltación que designamos con el nombre de entusiasmo. Por esto vemos muchas veces que la pasión aumenta el vigor de los entendimientos menos perspicaces y los eleva de tal modo sobre su natural condición, que cuando tiene por móvil un noble objeto, convierte á los hombres mas vulgares en modelos de las mas grandes virtudes; y al contrario, cuando la mueve algun mal instinto, hace que el entendimiento mas claro y la voluntad mejor inclinada se extravien y perviertan hasta el punto de excitar el asombro y el horror del género humano. Tal es el poder que las pasiones en general ejercen sobre nosotros durante el curso de nuestra vida: pero las que tienen por incentivo el amor y la ternura, parece que adquieren mucha mayor fuerza en el corazón del hombre cuando este ve cercano el fin de su existencia. Entonces, sintiendo toda la intensidad de su afecto, y viendo cuán poco tiempo le queda para desahogarlo, da libre rienda á todas las manifestaciones del alma: suspira, llora, solloza; abraza y besa con efusión los objetos de su cariño, y hasta sus postreros instantes no cesa de hacerles las mas dulces amonestaciones, para que, ya que no pueda vivir con ellos por las obras, viva á lo menos en ellos por la memoria de sus consejos. ¿Qué mucho, pues, que esa tierna inclinación que Dios puso en nuestro corazón como una sombra y una imágen de su propia excelencia, nos la manifestase él mismo con

la superioridad que tiene el Criador sobre la criatura en los últimos momentos de su vida mortal? Verdad es que Jesucristo redujo su vida á una no interrumpida série de actos de amor: por amor descendió del cielo á la tierra; por amor nació de una pobre vírgen; por amor nos dió sus consejos y sus preceptos; por amor sanó enfermos y resucitó muertos; mas todas estas demostraciones de caridad son muy poca cosa en comparación de lo que hizo por amor nuestro en su última cena. Mucho nos dió, en verdad, durante su vida, pero, al fin, no nos dió mas que sus obras: en la última cena, empero, queriendo poner el colmo á sus favores y gracias, por un rasgo sublime de omnipotencia y amor, dióse él mismo á nosotros: *Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos.* ¡Caridad infinita de un Dios, el que de tí habla no necesita el auxilio de la elocuencia, si el que le escucha no carece de sensibilidad! Por esto, oyentes míos, confiado en la delicadeza y ternura de vuestros sentimientos, entro desde luego y sin recelo en la exposición de mi asunto: *Ave María.*

2. El amor, pasión la mas vehemente del alma humana, no es mas que una inclinación suave de nuestro corazón hácia un objeto determinado, que nos mueve á unirnos con él y á desearle el mayor bien posible. Este amor, cuando es igualmente puro en su principio y en su fin, constituye siempre una pasión laudable: porque habiendo Dios criado al hombre para vivir en sociedad, y siendo necesario para la existencia y conservación de la armonía social el concurso de este afecto mútuo que estrecha y fortalece los dulces lazos del consorcio humano; el corazón que ama con tal amor, no hace mas que obedecer á la voluntad de Dios, que le impone este sagrado deber á fin de que coopere por sí propio á la mayor belleza y perfección de que es susceptible la naturaleza humana. Por esto, si las sagradas Escrituras ensalzan á David por el valor de su brazo, por la firmeza de su espíritu y por la prudencia de sus consejos, no menos alabanzas le tributan por la sensibilidad y ternura de su amante corazón; y por esto tambien, si le admiramos nosotros cuando en el valle del Terebinto, saliendo con impavidez al encuentro del soberbio y temible Filisteo, derribale á sus piés y le despoja de sus armas, no menos digno le juzgamos de admiración y encomio al mostrarse poseído de tan tierna afición para con su amado Jonatás, y al vestirle sus propias armas para preservarle de los peligros de las batallas. Sin embargo, oyentes míos, amar al que ama, hacer bien al que agradece es una cosa laudable, sí, pero harto fácil, por el aliciente que ofrece á todo corazón noble. La

conformidad de afectos, la simpatía de carácter, las ajenas demostraciones de gratitud, naturalmente nos halagan y nos hacen amar casi á pesar nuestro. Pero amar al que nos aborrece, colmar de beneficios al que los desprecia y los convierte quizás en nuestro daño, esto es lo grande y lo admirable, este es el verdadero triunfo del amor, para cuya consecucion es necesario participar, mas que de la humana sensibilidad, de la pura inteligencia suprema. De aquí es que si el buen David mereció que las Escrituras le elogiasen diciendo que tenia un corazon hecho á semejanza del corazon de Dios: *Quasi vit Dominus sibi virum juxta cor suum* (I Reg. xiii 14); nunca pareció tan digno de semejante alabanza, como cuando en la cueva de Engaddi, el mismo Saul, su enemigo, le dijo que era un hombre que volvía bien por mal: *Tu tribuisti mihi bona: ego autem reddidi tibi mala*; ó cuando procuró vencer á fuerza de beneficios al rebelde Absalon, y muerto este, se mostró tan sumamente pesaroso de no poder devolverle la vida, aun á costa de la suya propia: *Fili mi Absalon, Absalon fili mi, quis mihi tribuat, ut ego moriar pro te?*

3. Entremos ahora, entremos, hermanos míos, en aquel augusto cenáculo, donde Jesucristo, perseguido de los hombres, y enteramente absorbido por la idea de su próxima acerbísima pasión, se dispone á comer por última vez con sus discípulos; pero entremos tambien en aquel corazon tan angustiado como tierno y bondadoso, y de lo que el Salvador del mundo piensa y medita en favor de los hombres inferirémos cuál sea el amor que les profesa. Los insultos y afrentas con que en breve serán correspondidos sus actos de clemencia y bondad; los suplicios y tormentos que han de ser la bárbara recompensa de sus beneficios y milagros; la muerte afrentosa con que la perfidia de los hombres le separará del mundo, se le presentan á la imaginacion bajo el aspecto mas cruel é ignominioso. La dificultad de ganar para el cielo un mundo rebelde y obstinado aviva en él el deseo de alcanzar la victoria. Á las provocaciones de sus enemigos opone el recuerdo de que es un campeón de paz: *princeps pacis*; y á la maldad de los que maquinan su muerte opone la consideracion de que ha venido al mundo á fundar un reino tan duradero como los siglos: *et regni ejus non erit finis*. Mientras que su mente se halla absorbida en estas dos contrarias ideas, la del odio que le profesan los hombres, y la del amor que él les profesa, ¿qué hace, qué dice el Salvador? Este mundo desleal, dice, me desprecia y aborrece; conozco su injusticia, mas á pesar de esto le amo; veo su ingratitud, mas, sin embargo, no puedo despegarme

de él: si le desagrada mi forma humana, mudaré de aspecto, pero no cambiaré de morada: si no me quiere por consejero y maestro, me convertiré en comida y bebida suya. Luego toma el pan, lo parte, y lo transforma en su santísima humanidad, diciendo: Este es mi cuerpo: *Hoc est corpus meum*; en seguida toma el vino, y lo convierte en su sangre preciosa, diciendo: Esta es mi sangre: *Hic est sanguis meus*. Funesta idea del sacrilegio de Judas, blasfemias heréticas de Simon y de Menandro, de Lutero y de Zuinglio, dolorosas imágenes de nuestras profanaciones, de nuestros desprecios y sacrilegios, ¿por qué así asediais y atormentais á ese ternísimo corazon? Si pensais con esto demorar ó impedir la realizacion de su obra piadosísima, del mayor portento de caridad, muy errados andais; pues teneis que luchar con el amor de un Dios. La idea de la perfidia ó de la ingratitud bien podria entibiar el corazon del mas tierno padre; el presentimiento de la infidelidad y de la mala correspondencia podria muy bien menoscabar el afecto del mejor amigo; pero el amor de Jesucristo no es finito; el amor de Jesucristo no es llama, sino incendio, el cual cobra mayor intensidad cuantos mas esfuerzos se hacen para apagarlo. En efecto, nada era capaz de contrarestar la bondad de un Dios que, para ser consuelo y alivio de pocos, se expuso á ser ludibrio y víctima de muchos; que para ser vida y alimento de los que le aman no limitó sus beneficios á lugares ni á tiempos determinados, y que para obtener el asentimiento de nuestra razon señaló el mas augusto de sus favores con el mas patente y estupendo de los prodigios. Vosotros, oyentes míos, sabéis tan bien como yo cuántos favores y prodigios obró Dios durante la antigua ley en beneficio de su pueblo. El maná que vino á remediar la esterilidad del desierto; las fuentes que brotaron repentinamente de los áridos peñascos; la columna de fuego que alumbraba y guiaba á los israelitas en su camino; la serpiente de bronce que curaba las enfermedades; el mar, que abriéndose para dar paso al fugitivo pueblo de Dios, volvió á cerrarse sobre la cabeza de sus perseguidores; el arca admirable del testamento, que doquiera que era transportada llevaba consigo la victoria; prodigios fueron estos, que llenando de santo orgullo al gran caudillo Moisés, movieron á provocar á los dioses de todas las demás naciones á ponerse en parangon con la afabilidad y el amor del Dios de Israel: *Non est alia natio tam grandis, quae habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest nobis*. Mas si los hebreos podian creerse superiores á las otras naciones por el amor benéfico de su Dios, con

mayor razon podemos nosotros por igual motivo creernos superiores á ellos. Efecto fue, en verdad, del amor de Dios para con su pueblo la columna luminosa que sirvió á este de faro y de guía en su huida de Egipto; pero mayor prueba de amor es la que nos ha dado á nosotros Jesucristo, descendiendo á nuestras almas, iluminando nuestro entendimiento y nuestro corazón, y guiándonos por el camino de la salvacion con la luz de su santísima divinidad. Efecto fue del amor de Dios para con su pueblo la portentosa serpiente de bronce, á cuya vista recobran la salud las numerosas huestes israelitas; pero mayor es la prueba de amor que nosotros tenemos en la carne inmaculada de Jesucristo, por cuyo medio nuestras almas se recobran de otros mayores males y enfermedades. Efecto fue del benéfico amor de Dios para con su pueblo la separacion de las aguas del mar, que despues de haber dado franco paso á los fugitivos israelitas, sepultó en sus profundos abismos á Faraon con todo su ejército; pero mayor prueba de benéfico amor tenemos nosotros en el Señor sacramentado que, arrepentidos de nuestras culpas, nos acoge en su seno, y sumerge y sepulta en el mar de su misericordia infinita el pecado, perseguidor y enemigo nuestro. Efecto fue, por último, del benéfico amor de Dios para con su pueblo el maná que cada dia hacia llover del cielo para alimentarle en medio de la esterilidad del desierto; pero mayor prueba de amor es la que Dios nos da, teniéndonos preparada cada día, á todas horas y en todo lugar la mesa sagrada del altar, donde nos alimenta con su misma santísima carne. Entre los israelitas, los beneficios de Dios tendian á conducirles á un destino feliz, sí, pero terrenal; entre nosotros tienden á conducirnos á un destino espiritual y eterno: allí Dios gratificaba á su pueblo con cosas extrañas á él mismo; aquí con cosas tan suyas propias como su santísimo cuerpo y su sangre preciosísima: allí lo alimentó con un maná que si bien sustentó su vida, no le libró de la muerte; aquí lo alimenta con un pan bajado del cielo, por cuya virtud el que lo come dignamente recibe la vida perdurable: *Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt: hic est panis de celo descendens, ut si quis ex eo manducet, non moriatur.* Ó fieles devotos, que con humilde y contrito corazón os acercais muchas veces á esa sagrada mesa de los Ángeles, decidme, os ruego, si entre los admirables efectos que habeis experimentado en vosotros mismos habeis sentido alguna vez el del amor entrañable de Jesús sacramentado para con el hombre. ¿En qué ocasión el pecado seductor se os mostró mas desnudo de sus falsos atracti-

vos y visteis mas claramente su natural fealdad, que cuando la luz de este Dios convertido en alimento vuestro os iluminó el entendimiento? ¿Cuándo vuestro corazón se despojó mas gustoso de todo mundano afecto, que al sentirse inflamado en la suave caridad de este mismo Dios? ¿Cuándo brotaron de vuestro entendimiento pensamientos mas saludables, antes desconocidos para vosotros, de vuestro corazón resoluciones mas generosas, que antes tenais por impasibles, cuándo, en fin, os sentisteis mas orgullosos de ser cristianos, que al bajar sobre vuestras almas ese maná celestial? Y para obtener esta tan saludable confortacion, este tan firme apoyo, ¿habeis necesitado grandes súplicas, habeis necesitado mediadores y abogados? ¡Ah! no; pues para participar de los tesoros de su inmenso afecto Dios no quiere otros mediadores que sus propias invitaciones: comed, bebed, dijo en su última cena; y cuantas veces esto hiciéreis, lo consideraré como una prueba de la grata memoria que conservais de mi amor: *Hæc quotiescumque feceritis in mei memoriam facietis.* Yo bien conozco el débil barro de que os he formado, sé á qué difícil lucha estais expuestos, y veo las consecuencias de vuestras victorias y derrotas; pero tambien vosotros debeis comprender que si yo me resigno á estar oculto bajo este pobre velo, á estar encerrado en este humilde altar, expuesto á las ofensas de la irreverencia y á los ultrajes del sacrilegio, es única y exclusivamente por auxiliarnos y salvaros: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Y ¿qué diré, hermanos carísimos, qué diré al considerar que nuestro Salvador y Dios, merced á la transustanciacion eucarística, está siempre real y corporalmente cerca de nosotros, no solo para sustentar nuestras almas, sino tambien para recibir nuestros afectos y oir nuestras súplicas, y que para alentar nuestra confianza eligió una forma que le humilla y en cierto modo le anonada? Humillóse Jesucristo muchas veces, durante su vida mortal, y aun puede decirse que su vida toda no fue mas que una continua série de humillaciones: la choza en que dió su primer vagido, el taller de José donde trabajó durante su infancia, los tribunales, el pretorio y el Gólgota donde padeció cruelmente y murió como un criminal, son otros tantos testigos de las profundas humillaciones que sufrió por amor nuestro: pero, al fin, entonces su humillacion lo redujo tan solo á la condicion de hombre; mas aquí en la Eucaristía lo reduce á una condicion inferior á la naturaleza humana, pues nos lo presenta bajo la forma del pan mismo que preparamos con nuestras propias manos, que constituye nues-

tro cotidiano alimento, y está á disposicion del mas infeliz de los hombres. Empero, si con esto se fortalece nuestra confianza, su amor triunfa en esta humillacion. Él no quiere conservar aquí sino aquella parte de su grandeza que le baste para emplear en favor nuestro su infinita beneficencia; y anonadándose en las formas, y humillándose en el lenguaje hasta rogarnos que aceptemos sus gracias, aspira tan solo á manifestarnos todo su amor: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.* Y no solo nos brinda á que nos le acerquemos, sino que, cual si no pudiera resistir á los estímulos de su amor, cuantas veces necesitamos de su presencia y algun grave motivo nos impide acudir á los altares, él mismo se digna acercarse á nosotros. En efecto, cuando alguno de nosotros, postrado en el lecho del dolor, se halla en peligro de muerte, este buen Dios abandona presuroso el terreno asilo de su presencia para trasladarse solícito á la morada del menesteroso. Que tenga este su morada en suntuoso palacio ó en humilde cabaña; que yazga en régio lecho ó sobre un monton de paja; que su enfermedad sea ó no repugnante, á todo se muestra indiferente menos á nuestro bien; y en todo nos manifiesta que lo que busca en nosotros no es nuestra grandeza, sino nuestro amor. Al ver la gravedad é inminencia del peligro, los amigos, conmovidos ó asustados, abandonan al doliente amigo; los parientes le abrazan y lloran desconsolados; la ciencia permanece muda ante la impotencia de sus recursos y esfuerzos: solo él, solo Jesucristo, movido de su amor, acude al lado del triste, y haciendo para con él las veces de médico, consolador y amigo, calma sus dolores, enjuga sus lágrimas, y recibe los últimos suspiros de su agonía. Tended la vista por todo el mundo, contemplad al hombre en sus diversas condiciones de edad, estado y fortuna, y doquiera veréis el amor de Dios abrasándolo todo y derramándose por todas partes como la luz del sol. Si acude alguno á sus altares para recibirlo, se ofrece á él; si alguno enferma, acude en su auxilio; si está enfermo del alma, lo sana; si es rico en virtudes, lo fortalece; si es opulento, lo acepta; si es pobre, no lo rehusa: consagrado totalmente al bien de todos, alégrese de hallar un alma digna de sus beneficios y un corazon digno de su amor: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Adorable Salvador del mundo, que en los postreros momentos de vuestra vida, despidiéndoos de vuestra amada Madre, y juntamente de todo el género humano, dijisteis que todo estaba acabado: *Consummatum est;* ¡ah! permitidme que limite el sentido de vuestras adorables pa-

labras. En el Gólgota concluyeron vuestras penas, es verdad; consumóse la horrenda obra de la iniquidad humana, es cierto; la ira del Padre eterno dejó de amenazar nuestras cabezas, no hay duda; mas aunque con esto quedaron cumplidos los deberes de nuestra mision, no así los deberes de nuestro afecto; y donde la mortalidad de vuestra vida tuvo fin, allí tuvo principio la eternidad de vuestro amor.

4. No contento de haber cargado con todo el peso de los humanos pecados, cargásteis tambien con la pena que estos merecian, de suerte que, despedazado vuestro sagrado cuerpo en la cruel flagelacion, apenas pudisteis ofrecer al patíbulo un pequeño resto de vida arrebatado, por decirlo así, á la barbarie humana. *Consummatum est:* pero no todo se acabó en el Gólgota, pues que por un exceso de amor quisisteis renovar todos los dias vuestra vida, para ofrecerla en los altares de paz en expiacion de los nuevos pecados de los hombres. Generoso hasta lo sumo, no os contentásteis con sacrificar lo que hubiera bastado para la grande obra de la humana redencion, sino que, teniendo una vida pasible, la entregásteis toda á los tormentos, y teniendo sangre que derramar, la vertísteis toda hasta la última gota. *Consummatum est:* mas no todo quedó consumado en el Gólgota, pues por un prodigio de amor quisisteis que esa carne y esa sangre, que un dia fueron sacrificadas por la redencion de los hombres, se inmolasen cada dia convertidas en alimento nuestro. Reducido en el árbol de la cruz al extremo de no quedaros libre mas que la palabra; despues de haber ofrecido al Padre la vida por vuestros amigos, agotásteis los tesoros de vuestra misericordia, rogándole por vuestros mismos enemigos. *Consummatum est:* pero no todo quedó terminado en el Gólgota, pues vemos que, por un prodigio de amor, constituyéndoos en protector de los que os aman y en mediador de los que os ofenden, repetís diariamente aquella súplica. Si esto, oyentes míos, no es amor, ¿qué será? Y si es amor, ¿de qué manera correspondemos á él? ¡Ah! hermanos carísimos, cuán triste y desconsoladora se presenta á mi espíritu la idea de la ingratitud del hombre para con Dios. En verdad, para mostrarse indiferente ó ingrato á tales pruebas de afecto, es preciso haber renunciado á la razon ó á la fe.

5. Si el hombre tuviera siempre fija en la memoria la idea del amor de su Dios, tendria que violentarse mas para ser ingrato que para ser agradecido. Pero la fatal indolencia, que conduce al cristiano á mirar con frialdad los demás efectos del amor divino, hace

que sus ojos sean insensibles á la pura luz de este, que eclipsa enteramente el resplandor y la grandeza de todos los otros. ¿Qué mucho, pues, que Jesucristo, á pesar de sus tiernas y generosas sollicitaciones, se vea continuamente menospreciado y repudiado de tantos que solo el nombre conservan de fieles cristianos? ¿Qué mucho, que, no obstante los tesoros de gracia que acumuló en este Sacramento, sea tan poco el efecto que este produce entre los fieles que lo reciben? ¿Qué mucho que, sin embargo de las tremendas amenazas con que procura alejar del altar de pureza los labios y los corazones impuros, se acerquen á veces á la mesa del casto Cordero los inmundos lobos? De aquí es que el corazón del hombre, separado del verdadero y único objeto de su amor; desprovisto de aquellas gracias que con abundancia pudiera obtener de él, y abandonado á su propia debilidad; se agita y revuelve en un mar de desordenadas pasiones, y el vicio domina sin obstáculo en su abominable y espantosa conducta moral. Mas aun no consiste en esto toda la gravedad del mal, sino que, mientras el cristiano ingrato al amor de su Dios, quebranta la ley, con el mismo golpe hiere gravemente á la fe. Prueba de esto son esa multitud de hombres en los cuales la corrupcion se ha comunicado del corazón al entendimiento, y que habiéndose echado en brazos de la incredulidad para ahogar los remordimientos de su conciencia, están espionando á todas horas nuestra conducta en busca de pretextos con que cohonestar sus errores y escándalos; y viendo la tibieza é indiferencia de muchos fieles, y el poco fruto que reportan del pan eucarístico, hacen burla del augusto misterio y niegan su verdad. Empero se engañan, se engañan grandemente, infiriendo tal consecuencia de la tibieza de algunos de nosotros. Para venir en conocimiento de la pureza de una fuente, hay que acudir, no al turbio y fétido estanque, sino al primitivo manantial. Remontémonos á aquellos remotos y felices tiempos en que el amor de Dios para con el hombre era fielmente correspondido por este; entremos, entremos en aquellos subterráneos albergues de la Religion; contemplemos las adoraciones, las lágrimas, los suspiros y adoraciones con que aquellos campeones de la fe, macerados con las vigalias y los ayunos, se acercaban á la mesa celestial, y despues de habernos refrigerado en compañía de ellos con el pan de los Ángeles, salgamos de aquellas santas tinieblas á la luz del dia. Grande hubiera sido la vergüenza de aquellos fervorosos cristianos, si la lengua, santificada por el cuerpo inmaculado de Jesucristo, hubiese hablado de otra cosa mas que de sus bene-

ficios; si su corazón, consagrado por la presencia viva de Jesucristo, hubiese abrigado algun afecto que á él no fuera consagrado; si sus miembros, nutridos con la carne de Jesucristo, se hubieran ocupado en cosa alguna fuera de su santo servicio y de su imitacion. De manera que, consagrando á Dios todas las facultades de su alma, la memoria, por el recuerdo de sus gracias, el entendimiento, por la contemplacion de su bondad, y la voluntad, por la constante aspiracion á su amor; no tenian de humano mas que los cuerpos, si humanos pueden llamarse unos cuerpos que ocupados constantemente en la oracion, en la penitencia, en la asistencia de los enfermos y en el socorro de los pobres, vivian siempre con el deseo y la esperanza de padecer el martirio: deseo y esperanza, que, con frecuencia, no tardaban en realizarse. Veíanse no solo ancianos venerables, sino tambien delicadas doncellas y tiernos niños, que en la firmeza con que arrostraban las amenazas de los tiranos, mostraban cuál era el alimento con que se sustentaban; y en cuyo sereno semblante pintábase tan solo la afliccion y la congoja cuando las amenazas tenian por objeto no la destruccion de sus cuerpos sino el ultraje de su fe. Los feroces verdugos, al ver la flaqueza de aquellos miembros, no sabian dónde hallar resistencia á sus golpes y al peso de las cadenas; pero ellos, es decir, los tiernos infantes, las vírgenes endebles y los trémulos ancianos, hallaban resistencia para todo en la grandeza de su espíritu. En medio del inhumano rigor de los suplicios, hubiérais visto palidecer mas pronto al verdugo que al campeón de la fe, y cansarse mas pronto aquel de atormentar, que este de padecer. Dábase por último el golpe fatal; fatal para otros, mas no para el santo mártir, que lo recibia con júbilo, cual generoso libertador, que rompiendo las ataduras de su espíritu, le permitia ir á reunirse con Dios, objeto único y constante de su amor y de sus aspiraciones. ¿Qué diferencia, hermanos míos, entre aquellos antiguos cristianos y nosotros! Ellos salian del convite eucarístico llenos de fortaleza, y dispuestos á resistir magnánimos á los tiranos y á la muerte; al paso que nosotros salimos tan débiles, que sucumbimos al menor peligro ó seduccion: salian ellos del celestial convite manifestando en todas sus obras la indeleble santificacion de sus corazones; y nosotros salimos lánguidos y con el corazón fluctuando siempre entre la frialdad y el pecado. ¿Cómo es esto, hermanos míos? ¿Acaso el Dios de los antiguos cristianos era diverso del nuestro? ¿ó será que con el transcurso del tiempo se haya debilitado el poder de su gracia? ¡Ah! no; Dios es el mismo, igual es la

gracia; nosotros somos los que nos hemos mudado. Para nosotros es la mengua, si nuestra conducta moral no corresponde á la grandeza de los beneficios y del amor de Dios. Nuestra alma no es ya una alma contaminada por el pecado del primer padre, toda vez que ese nuevo Padre dulcísimo ha descendido hasta nosotros para santificarla con su presencia: nuestro cuerpo no es ya un vil puñado de barro, sino un vivo tabernáculo de Jesucristo, pues que él mismo descendió á este cuerpo para consagrarlo con su propia carne. Respetemos, pues, en nosotros, no á nosotros mismos, sino una cosa santificada por Dios, y sea este el elocuente testimonio de nuestra gratitud. Ó hermanos míos carísimos, vosotros que no podeis contemplar sin lágrimas aquella choza que tuvo la grande honra de albergar bajo su pobre techo al Verbo encarnado; vosotros que besais aquel humilde pesebre que tocaron sus infantiles miembros, y miráis con enternecimiento aquellas paredes que oyeron sus primeros vagidos; vosotros que contemplais llenos de tierno y religioso entusiasmo la dolorosa imágen de aquel Calvario donde Jesucristo con sus padecimientos y su muerte nos mostró el amor inmenso que nos profesaba; vosotros que al ver los instrumentos que traspasaron sus sagrados miembros, sentís que el corazón se os parte de dolor, y procuráis pagar con vuestras lágrimas la sangre preciosa que por vosotros derramó; vosotros, en fin, que entre suspiros y sollozos adorais las reliquias de aquella cruz teñida con la sangre del Salvador, que fue el altar donde se consumó la obra de nuestra redencion, y que la llamais la mas dichosa de todas las plantas por haber tocado los santísimos miembros de Jesucristo; vuestra gratitud y vuestras adoraciones son justas y dignas de un verdadero cristiano; pero sabed que el pecho de cada uno de nosotros pasa á ser Belen y Calvario, cruz, sepulcro y cielo juntamente, desde la primera vez que Jesucristo sacramentado se digna descender á él; y por tanto, el no respetar con una santa conducta este santuario vivo de Dios seria no tan solo un pecado, sino un sacrilegio; el acrecentar con un método de vida indigno de nosotros la temeridad de los incrédulos seria hacernos reos de sus blasfemias: ellos herirían, sí, pero nosotros afilaríamos su espada... Mas ¿dónde estoy? ¿á quién hablo? ¿No estoy en este santo templo, donde con solemne pompa se celebran los cultos que en estos dias se consagran á la veneracion del Sacramento eucarístico? ¿No estoy hablando en presencia de unos cristianos celosísimos de la honra de la Eucaristía, y que en este dia quieren dar público testimonio de su vene-

racion á tan augusto Sacramento? Así que, oyentes míos, no sois vosotros dignos de censura sino de alabanza por vuestra conducta. Seguid constantes en vuestro fervor, ya que no podeis hallar ningún objeto mas grande, ni mas noble, ni mas digno de vuestra cristiana devocion. Sea el amor de Dios el esencial é indeleble distintivo de vuestro carácter, y las bendiciones de Dios serán la indefectible recompensa de vuestro amor: sed agradecidos á Dios; sed santos, y seréis dichosos: *Scimus quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum iis, qui secundum propositum vocati sunt sancti.* Amen.